



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

González Casanova, Enrique (1995)
**“LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA EN LAS CIENCIAS SOCIALES.
CONFERENCIA MAGISTRAL”**
en Perfiles Educativos, No. 68 pp. 3-8.

LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA EN LAS CIENCIAS SOCIALES: CONFERENCIA MAGISTRAL

Henrique GONZÁLEZ CASANOVA*

A través de una remembranza de su propia experiencia como docente universitario desde 1943, el maestro Henrique González Casanova señala algunas de las deficiencias más importantes en la Universidad, como es la actitud de los alumnos hacia el aprendizaje.



THE TEACHING OF SOCIAL SCIENCES IN UNIVERSITIES. MAGISTERIAL CONFERENCE. *Professor Henrique González Casanova, singles out some of the main flaws of the National University of Mexico, based on the remembrances of his own experience as a university teacher, since 1943. One of these flaws, he thinks, is the students' attitude towards learning.*

Maestras y maestros, ante todo les agradezco que hayan venido, pero permítanme en particular agradecer al doctor José Manuel Álvarez Manilla, Director del Centro de Investigaciones y Servicios Educativos (CISE), el que me haya invitado a participar en esta serie de reuniones que tienen por objeto reflexionar sobre la enseñanza de la Universidad. También quiero agradecer a la maestra Obregón, que tan gentilmente me buscó por distintos lugares de la Facultad de Ciencias Políticas, hasta que dio conmigo, pese a lo abrupto de la construcción, dado el abrupto terreno donde se decidió construir.

Quiero también, con la venia de todos ustedes, hacer un somerísimo recuerdo de tres rectores estrechamente relacionados con el actual CISE. En primer lugar Javier Barros Sierra, que fundó la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza, o si ustedes prefieren por cuyo acuerdo se estableció la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza, cuyo primer presidente fue, el entonces todavía muy joven, Fernando Solana, Secretario General de la Universidad y trágico de la vida de la nación cuando el Rector Barros Sierra determinó convocar a un grupo de universitarios para constituir una Comisión que reflexionaría sobre la innovación de los métodos de la Universidad Nacional; el Rector Barros Sierra tomó tres medidas tendientes a abrir la Universidad.

Hacer de la Universidad Nacional un Sistema cerrado. Esto es, un sistema que permitiera cierta flexibilidad que la realidad universitaria estaba indicando cotidianamente como necesaria para la subsistencia de la Institución.

También ante el incontenido avance de la demografía mexicana como elemento cuantitativamente más considerable, y la política que afortunadamente había llevado a cabo el gobierno del presidente López Mateos, a instancias de su Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, para satisfacer al máximo posible la demanda educativa escolar, trajo como consecuencia un crecimiento, por así decirlo, exponencial de la población universitaria no sólo en la Universidad Nacional, sino en todo el sistema superior, a la primaria, incluyendo desde luego dentro de esto todo el sistema de la enseñanza Universitaria o de sus equivalentes.

* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM.

En segundo lugar, quisiera yo recordar al Rector Pablo González Casanova, que dio impulso a la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza como una entidad, que ya no tendría sólo una función de reflexión orientada por el Secretario General en turno, sino como una Comisión que tendría funciones ejecutivas de fomento de la investigación innovadora, en relación con el universo que constituía la Universidad Nacional Autónoma de México. En esa línea continuó el esfuerzo del Rector Guillermo Soberón a partir de 1973, que llevó a su término varios de los proyectos interrumpidos al salir de la Universidad el Rector González Casanova, e inició otros que llevó a feliz término, por ejemplo, al constituir las Escuelas Nacionales Profesionales que configuraron un conjunto de varios campos universitarios, aparte del ya para entonces tradicional de la Ciudad Universitaria. Al esfuerzo y al interés del Rector Guillermo Soberón y de la comunidad universitaria durante su gestión, respondió precisamente la configuración del CISE o Centro de Investigaciones y Servicios Educativos, como reza su nombre desatado, que fue fundado por iniciativa del mismo, pero por el esforzado trabajo de los integrantes del Centro de Didáctica y de la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza, bajo la dirección del maestro Jorge Sánchez Azcona. Ésta es la Institución que ha cumplido en este día XV años de fecunda existencia, que está, a mi juicio, contribuyendo de manera señera a actualizar la enseñanza en la Universidad Nacional.

Quiero felicitar al doctor Álvarez Manilla, quien durante este periodo de más de 20 años al que me he referido sumariamente ha dedicado desde la Facultad de Medicina y los Centros que específicamente se establecieron a fomentar la enseñanza adecuada de la medicina en nuestro país, al desarrollo de la conciencia de los problemas que implica la Universidad, precisamente en cuanto a la enseñanza y el aprendizaje, y a innovar las técnicas educativas, esto es, los métodos de hacer educación.

Hecha esta remembranza, que me pareció útil puesto que la Comisión arranca aproximadamente del año 1967, y crea como principales frutos las reformas estatutarias de 1969, nos encontramos ante una acción universitaria que tiene ya más de cinco lustros de estar en marcha.

Me es grato, como en otras ocasiones hablar en este recinto, pero va a ser una conferencia magistral lo que voy a hacer cumpliendo con la invitación que se me hizo, confieso a ustedes que una de las cosas que más me preocupa de la educación universitaria es la falta de un vocabulario técnico en todo lo que se refiere a la educación.

La palabra conferencia, unida a la palabra magistral, producen en mí un efecto que me altera; no creo, por lo menos en mi caso, en la maestría como perfección que puede implicar el adjetivo con que se acompaña a la palabra conferencia, antes de venir a conversar con ustedes revisé estas dos palabras y me di cuenta, sobre todo a través de un manual de español dedicado específicamente a la enseñanza universitaria, que el concepto relativamente nuevo del vocabulario nuestro tiene un origen directo en el lenguaje técnico o el lenguaje corriente de las universidades francesas.

Me parece contradictorio que empleemos este concepto cuando tratamos de innovar y cuando precisamente nos encontramos ante la circunstancia de tener que conferir la función docente a profesores que están muy lejos de tener la maestría, ya no digamos con minúscula, quizá a mi juicio la que vale, sino con mayúscula, esto es, la que puede obtener como resultado de determinados cursos, determinados exámenes y determinados años de estudio en una institución que otorga el grado de maestro.

Preferiría hablar de una lección, pero me encuentro con que también esa palabra entorpecería mi capacidad de comunicarme con ustedes. Hablar de una clase es ir demasiado a un concepto que se desdibuja, la clase puede ser el grupo, el salón mismo donde asiste un grupo de estudiantes a escuchar a un profesor, o puede ser la lección del profesor.

Les voy a rogar por consiguiente que acepten, simplemente que les de un testimonio. Un testimonio que supone indiscutible la posibilidad de que si alguno de ustedes tiene interés en interrogar, lo hagan. Es el testimonio de una persona que ingresó como alumno a la Universidad Nacional el año 1940, esto es, hace 52 años, y que ingresó como miembro del personal académico a la propia institución en 1943, esto es, que pronto hará 50 años de haberse incorporado como ayudante de investigador al cuerpo de profesores en el sentido más amplio de la palabra, que constituye una parte integrante esencial de la Universidad Nacional.

Pero el testimonio que les voy a dar, naturalmente no comprende tan largo periodo, sino que se remite esencialmente a los tres últimos periodos lectivos del año académico 19911992 y al segundo periodo lectivo del periodo académico 19901991.

Sólo y para que se hagan ustedes una referencia por un lado histórica y por otro lado del carácter de la persona que habla ante ustedes, les quiero decir que en 1948, cuando el Rector Salvador Subirán renunció en virtud del motín que se produjo por la iniciativa que tuvo de aumentar las colegiaturas, quien les habla, entonces estudiante irregular de la Universidad Nacional, escribió dos artículos a él, por el título se llamaba "Multitudes en la Universidad", esas multitudes eran entonces, del orden de apenas 20,000 estudiantes. Pero eran multitudes como pueden serlo hoy los 270 ó 264,000 estudiantes que hay actualmente en la Universidad; eran multitudes por una razón muy sencilla, porque los estudiantes excedían la razonable proporción que debe de haber entre ellos y los profesores y sobre todo entre ellos y los planes y programas de estudio, y por otro lado los recursos materiales que condicionan la acción y la comunicación entre los profesores o maestros y los aprendices.

Esto pasaba en 1948, no recuerdo ya el artículo, para bien de ustedes, pero si recuerdo el título "Multitudes en la Universidad". Hoy se habla de universidad de masas, como algo que fuera irremediable y que no tuviéramos más que soportar si queremos continuar esa casi imposible tarea de enseñar y aprender, según al menos mi propia experiencia personal en los últimos tres semestres. Vamos por partes: soy profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, dentro del Departamento de Ciencias de la Comunicación (precisamente de la Comunicación). Fui invitado amablemente a mi regreso a México a reincorporarme a la docencia y acepté con entusiasmo, entre otras cosas quería yo saber, por qué tantos buenos profesores se habían alejado de la enseñanza universitaria; acepté con gusto y acepté dar un Taller de Redacción Periodística. La primera sorpresa que tuve fue cuando recibí la lista de alumnos, en el Taller se había registrado a un número de 90 alumnos. Me pareció que había una confusión entre la palabra Taller y la palabra obraje, pero consideré que no era oportuno plantear mis dudas, porque había un ambiente de término de gestión que hacía aconsejable no mover el agua ya de suyo inquieta, pero mi sorpresa fue mayor, cuando el primer día de clases llegué al salón destinado al taller (un salón tradicional, con sillas de paleta, fijas en el suelo por cierto, cosa que me llamó mucho la atención), pero sobre todo con un número menor de sillas que el número de alumnos inscritos, el número de alumnos inscritos, repito, era aproximadamente de 90, y el número de sillas era aproximadamente de 40.

Pregunté a que se debía esa falta de coincidencia entre el número de los alumnos y de los asientos y se me contestó, con una serenidad que me pareció admirable que estaba calculado para el 50 por ciento, considerando la cantidad más alta, me sobraban 20 estudiantes. Aparentemente esto se resolvía considerando otro factor con el cual yo no contaba, que los alumnos tendrían asistencia irregular. A pesar del informante y de sus supuestos, por lo menos los primeros días de clases el conjunto de alumnos que asistió era tal, que materialmente era muy difícil entrar o salir del salón, y esto no sólo para las personas, sino inclusive para el aire, la atmósfera era densa. Bien, no voy a seguir por esa línea: porque quisiera pasar cuanto antes a otros aspectos del testimonio. Encontré que efectivamente había una merma, y que efectivamente la asistencia de los alumnos era irregular, tan irregular que podría decirse que había una regularidad, esto es, que había una estrategia aunque no tuviera una finalidad determinada, sino la de asistir y que las asistencias contaran por parte de los alumnos. Yo, viejo enemigo de las asistencias, pensé que los muchachos usarían su tiempo para estudiar en libros, en revistas, en el trabajo, pero pronto tuve que reconocer, ante las evidencias y ante los testimonios de los alumnos, que el problema era que no tenían tiempo para ir a la escuela. Y para estudiar tampoco tenían tiempo. Pensé entonces que podría preguntarles algo a mi juicio muy sencillo; si no tengo tiempo, les dije, pregúntense ustedes, piensen cada uno de ustedes y contéstense, ¿si no tengo tiempo para estudiar?, ¿puedo estudiar?; la perplejidad fue la respuesta que alguien me dio, si no tengo tiempo y quiero estudiar y necesito tiempo para estudiar puedo estudiar si me hago tiempo, sí, pero, si no tiene tiempo no se puede hacer tiempo, o lo tiene o no tiene. Vamos a suponer que tengan tiempo, lo usan para estudiar, vamos a suponer que usan el tiempo de que disponen para estudiar, emplean el estudio para aprender; vamos a suponer que empleen el estudio para aprender y que aprendan, ¿aplican el aprendizaje?

Las preguntas primarias resultaban virtualmente metafísicas, no se habían preguntado, ni siquiera los alumnos asiduos, si había una relación entre el tiempo para estudiar y el estudio, y el estudio del aprendizaje, y el aprendizaje y la aplicación del aprendizaje.

Quiero decir a ustedes que la edad de los alumnos fluctuaba entre los 19 y 24 años, eran alumnos del tercer semestre de la Facultad, tenían por consiguiente un mínimo de escolaridad de 14 años, si se consideran 6 ó 7 años de primaria, 6 años de educación secundaria y de educación preparatoria otros equivalentes, y 2

años de la educación universitaria. Me llamó la atención que no teniendo tiempo para estudiar no usaran el tiempo que tenían para hacerlo, esto es, que quienes asistían a la clase lo hicieran sin interés. Sin interés en emplearlo para estudiar, no era sólo que no oyeran al profesor, sino que no usaban el tiempo para leer apuntes, o para leer manuales o para leer libros. Tenían, hablo de los conjuntos y casi no habría excepciones, la tendencia (todos ellos) a llegar tarde y a salir cuando sus necesidades de cualquier naturaleza los impelieran a salir, eran necesidades variadas, podía ser por ejemplo porque tuvieran que acudir a ver a otro profesor, lo pongo en el mejor de los extremos del caso.

Pero además, de esta falta de puntualidad, en cuanto a llegar y salir, había en rigor una falta de asistencia. Asistían en el sentido más materialmente físico, estaban ahí, como cuerpos, pero no estaban como almas, no estaban empleando ni su sensibilidad ni su inteligencia para enterarse de la materia, de lo que dijera el profesor, y menos aún de por lo que dijeran sus compañeros cuando les tocaba el turno de hablar.

Tuve que preguntarles si ellos pensaban que el profesor era el que tenía el deber de demostrar su capacidad logrando que ellos aprendieran, y cuando advertí, más en sus caras que en sus palabras, que ésa era su convicción, les dije: les ruego que no jueguen ese juego, y menos aunque jueguen a demostrarle al profesor que es malo, porque van ustedes a ganar el juego, pero si lo ganan lo van a perder, porque ustedes van a demostrar que el profesor es incapaz de que ustedes aprendan, pero ustedes no van a aprender. Esto encendió algunas luces en las miradas, no tenían noción (la mayoría de ellos, a pesar de estar en quinto semestre), no solo entre la relación tiempo y la acción de estudiar y entre la acción de estudiar y la acción de aprender, y dentro del aprendizaje por supuesto, el aprendizaje que permite demostrar que se ha adquirido determinado conocimiento, y de comprobar si ese conocimiento es válido para determinado propósito concreto. Por ejemplo, el uso de los acentos gráficos, de las tildes, les parecía prescindible, y a pesar de que al hacer un interrogatorio demostraban muchos de ellos saber las reglas, consideraban que no era necesario usarlas, y esto ocurría con los acentos, el problema con las letras era aun mayor, eran totalmente indiferentes al uso de las letras. Poco a poco fui advirtiendo por estos procedimientos que también consideraban que las palabras eran prescindibles, y empecé a advertir de pronto que no hablaban, que se inclinaban todos ellos por musitar, por murmurar, y como paulatinamente les fui cobrando confianza, les hice ver que en lugar de hablar preferían rugir o mugir. Hace mucho tiempo tengo un punto de apoyo en unas palabras del poeta Ramón López Velarde, como acudo a ellas desde hace mucho, quizá ustedes (ya por lo menos algunos), me han oído repetirlas, lo voy a hacer una vez más; asistiré, decía Ramón López Velarde: asistiré con una sonrisa depravada a las ineptitudes de la inepta cultura. Cada vez que me hacían perder el sentido del humor mis alumnos se sentían terriblemente agredidos, hasta que en alguna ocasión me lo dijeron abiertamente; ese día me felicité (dije haz logrado algo), les pregunté ¿de veras se sienten agredidos? si, maestro, contestaron solemnemente. ¡Qué bueno!, les contesté, porque ustedes no han hecho otra cosa desde que llegué aquí que agredirme. Que agredirme, en primer lugar, con su deleite en ser ignorantes, que agredirme, en segundo lugar, con su deleite en ser impuntuales; que agredirme con su reto para que yo les demuestre si soy capaz de enseñarles aunque ustedes no tienen ningún interés en aprender, etc. Pasaron muchas semanas antes de que lográramos establecer una verdadera conversación, pero finalmente la establecimos, entonces fui haciendo otro descubrimiento; por ejemplo, sabían cuál era el valor en créditos de la materia que cursaban, pero no sabían cuál era el valor de un crédito, no tenían idea del valor crédito (que es una medida del valor académico, o más exactamente, del valor del trabajo académico), que en cuanto a trabajo se mide en tiempo. No sabían por consiguiente que una materia de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, específicamente de la Licenciatura en Ciencias de Comunicación, que el valor de una materia es igual al número de horas semana periodo lectivo, semana mes, periodo lectivo que se haya estudiado, así por ejemplo, un crédito de 8 que es el que prevalece en nuestra Facultad, por cada materia, aunque algunas, muy pocas, valen 10 créditos, significaría que el estudiante había estudiado 4 horas en la Escuela y 4 horas fuera del aula, bajo la dirección de un profesor. Tenían una radical ignorancia de esto, por consiguiente, como les dije, si ustedes no tienen tiempo para estudiar en su casa, aprovechen el tiempo que vienen a la escuela para estudiar en la Escuela. Se produjo en todos ellos un enorme desconcierto, ¿pero cómo trabajar? para enseñar una materia de un plan de estudios, que supone cuatro semestres previos de la licenciatura y el conocimiento por lo menos en una disciplina como es la redacción periodística de la lengua, de la lengua materna, de la lengua escolar adquirida en los dos años previos de la Licenciatura, en los tres de bachillerato, en los tres de la secundaria y en los seis de la primaria, como enseñarles a quienes habían optado o por el silencio o por otro tipo de lenguaje. Fue necesario confrontarlos con su habla oral y escrita. De una manera que no pudieran huir a ese maravilloso espejo, que es la palabra, cuando se dieron cuenta de que era verdad lo que yo les había dicho el primer día de clase, que todos los días estamos dando pruebas, no solo de lo que sabemos sino de lo que somos, y que todos los días estamos siendo examinados y que consiguientemente es un grave error de los escolares universitarios tratar de esconderse para que los profesores no sepan cuan grande es su ignorancia.

Empezaron a advertir la conveniencia e inclusive la ventaja que podría tener para ellos el usar los conocimientos previamente adquiridos, pasar de conocimientos meramente pasivos a conocimientos activos, e inclusive el tener la confianza para que el profesor pudiera tener datos pertinentes para apreciar el conocimiento que tenían de la lengua al hablar o al escribir.

No piensen ustedes, ni mucho menos, que el problema estuviera vencido, el móvil principal de los alumnos en la experiencia concreta a la cual me refiero era acreditar la materia, ya no con un panzaso, como se decía. No sé si ustedes los jóvenes en particular están familiarizados con el término o si ya cayó en desuso, no acreditar con MB de perdida. ¿Cuál es el procedimiento aprendido tal como yo pude experimentarlo con ese pequeño universo de 60 alumnos? Mostrarle al profesor que no sabe y que consiguientemente no tiene autoridad moral para calificarlos; y que se puede llegar a un consenso mutuo, yo declaro que eres un buen profesor si tú declaras que yo tengo una MB ó tenga una B. Me percaté entonces, entre otras cosas que me parecieron muy interesantes de que la negociación de los instrumentos que pudieran servir para comprobar el saber, me parecía tan evidente, que si se saben las reglas de los acentos se tiene que verificar si se pusieron los acentos o no se pusieron, que no entendía yo a qué podían referirse.

Claro, dirán ustedes, está poniendo un ejemplo en el cual las pruebas son relativamente fáciles; sí, así es, siempre he creído que se puede ir más fácilmente al aprendizaje de lo complejo si primero partimos de lo simple que si ensayamos el procedimiento inverso.

Fue necesario hacerles ver, en el caso concreto, que la materia del periodista es la palabra, y que es la palabra la que tiene fines informativos, ya sea que esta información sea relativa a hechos, a datos o argumentos o ideas, esto es, a datos comprobados o comprobables o probables o posibles, o a datos verificados. Pude advertir algo que no era nuevo, desde que yo era estudiante hace 50 años ya estaba esto en el proceso mismo de la relación de los docentes y los estudiantes universitarios; la tendencia a renunciar a todo lo que signifique una formalización. Es interesante esa resistencia a las formas, como por otro lado los propios estudiantes se llenan la boca cuando dicen que la función de la Universidad debe ser eminentemente formativa. Yo les preguntaba ¿y cómo aspiran ustedes a formarse o a que se les forme si ustedes se resisten a todo lo que es formar? La aversión a la aritmética y a todo lo que puede desprenderse de la aritmética se hizo extensiva a la aversión a todo lo que tiene de formalización en la lengua. Es cierto que la enseñanza de la gramática, como supuesta ciencia y no como un modesto arte, ha hecho que mucha gente cobrara justo horror a la gramática, pero también es cierto que la técnica o el arte de la gramática no puede darse sin ciertas formalizaciones elementales. Por ejemplo, el sujeto y el predicado, ¿de quién se habla? y ¿qué se dice? Si hay una incapacidad para identificar el sujeto o identificar los atributos que sirven para precisar los predicados, ¿puede darse la lectura fácil de un manual, puede entenderse de qué se está hablando, puede entenderse qué se está diciendo, de lo que se está hablando? Hay un sentir común en nuestros días en la Universidad y empieza haberlo en el país; inclusive los políticos, los gobernantes parecen haberse dado cuenta de esto. Hay una preocupación porque estamos prescindiendo del conocimiento de la lengua, el conocimiento del habla como forma escrita o como forma oral de comunicación. Les debo decir con toda franqueza que ha habido momentos en estos últimos tres semestres naturales y en sus correspondientes periodos lectivos, en los cuales me he horrorizado ante la posibilidad de que, sin percatarnos, estemos en un genuino proceso de deshumanización, en tanto que la palabra es, sino el rasgo distintivo del ser humano, si el rasgo distintivo por antonomasia del ser humano, estemos perdiendo la capacidad de usar la palabra, esto es, la capacidad inclusive del concomitante del verbo, que es la acción.

Veamos un poco lo relativo a ese valor que son los créditos. En mi Facultad, el Plan de Estudios de la carrera a la cual pertenezco está organizado por un conjunto aproximado de 80 materias, cinco materias por semestre distribuidas en ocho semestres. El conjunto de las materias importa un valor de 322 créditos, lo que quiere decir que todas las materias, salvo una, tienen el valor de ocho créditos. Esto significa que el Plan de Estudios está considerado a partir de que el alumno estudie y trabaje 4 horas bajo la dirección de un profesor y 4 horas bajo su propia dirección siguiendo en la medida de lo conveniente, de lo necesario, de lo posible, las instrucciones del profesor en cualquier otro lado que no sea el salón de clase, pero que sea propicio para el aprendizaje. Esto es, un alumno de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas o en cualquier otra escuela, en la cual las materias comporten un valor en crédito de ocho y significa 4 horas de clase, debe estudiar 8 horas por cada materia, considerando las 4 horas de clase y 4 horas más de estudios idóneos para el curso correspondiente, es decir, son 40 horas semanales de clase.

¿Tienen conciencia los alumnos de mi Facultad, no lo sé, de mi Departamento, no lo sé, pero de los cursos que he dado si lo sé, no la tienen. Ahora bien, dirán ustedes, la muestra debe ser muy pequeña. ¡Cuidado! ¡Cuidado! 90 alumnos en mi primer taller, que se redujeron a 60, pero para los efectos de una muestra, los 30 que desertaron o que decidieron no asistir a ese curso con este profesor, cuentan.

En el segundo semestre, en mi experiencia reciente el problema fue más bonito todavía, decidí atender a un grupo de primer año en una materia cuya enseñanza y aprendizaje me tocó introducir dentro del Plan de Estudios de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, precisamente para alumnos de primer ingreso, el Taller (nuevamente hago hincapié) de Redacción e Investigación Documental. Alumnos de primer semestre, esto es, principalmente muchachos entre los 18 ó 19 años, y en ese grupo concreto, entre los 19 y los 23 años. ¿Cuántos alumnos recibí en la lista oficial? 108 alumnos para un Taller, después recibí una lista adicional de 12 alumnos más; 4 horas de clase a la semana con un valor en créditos de 10 horas, esto es, el Taller suponía 4 horas de trabajo con el profesor y 6 horas de trabajo por parte de los alumnos, en la biblioteca, en su propio trabajo, en el parque; donde pudieran hacer un trabajo idóneo para aprender a investigar documentalmente o a redactar, o dicho con menos pedantería, para aprender a leer y a escribir trabajos escolares. Pero, para este grupo de 120 alumnos según la lista, el salón era de 70 alumnos, la merma se dio y el resultado final del número de alumnos registrados era de 88, no se había dado en la proporción en que anunciaban los estadígrafos de la escolaridad facultativa, pero se había dado. Imaginen ustedes un salón de 88 alumnos con 70 bancas, el alumno llega tarde, como no tiene tiempo, es el rasgo dominante de la fisonomía del alumno universitario, no tener tiempo, llega dotado de una serie de alimentos en forma de bebida, en forma de que por una yuxtaposición más o menos habitual se adquiera el aprendizaje, entorpecidos por la parafernalia de ciertos tipos de vestidos en uso, que por lo menos en la experiencia que yo he tenido, no facilita el tránsito, no al menos en salones con las condiciones a las cuales me he referido. Y estos alumnos que no hablan en la clase, si se les pregunta, si se les da la palabra, si se les dice que pregunten, gritan, son parlanchines a base de (ya no digamos oraciones incompletas, sino de términos que no terminan, de dicciones que dejan truncas), para lo cual necesitan en mayor medida que lo habitual de tonos distintos de su aparato fonatorio y de movimientos; se empujan, por ejemplo, y muestran algo que resulta particularmente importante, la educación.

Cuando yo era niño nos lo recordaban las placeras de Tacubaya, la educación significa urbanidad, cortesía, y cuando alguno de nosotros, niños malcriados más que consentidos, caminábamos por la plaza de Tacubaya, las placeras, de cuya franqueza aprendía algo, nos decían «lástima de cultura roto desgraciado», o, «lástima de educación tal por cual», tuve pues que hacerles ver a estos chicos que dentro de la economía de la educación está, entre otras cosas, el uso adecuado del tiempo, el uso adecuado del lugar, el uso adecuado de algo que olvidamos frecuentemente el ser humano que somos cada uno de nosotros, y que debe merecernos respeto y consiguientemente el uso humano que podemos hacer de nuestros colegas en lugar de estropearlos, como parecen deleitarnos ante el tropiezo que significa para nosotros.

El tiempo de la audiencia creo que ha terminado, el testimonio podría ser más detallado, no sé si tengan intención de hacer preguntas y si tengan tiempo, creo que me he tomado la libertad de apropiarme el tiempo de otros participantes, pero esto es lo único que les puedo decir y lamento mucho si venían por una conferencia magistral y lo único que han oído es el testimonio de un estudiante que se inscribió en la Universidad el año 1940 y que todavía no ha sido aprobado y consiguientemente no ha salido de ella.